

REFLEXIONAR LA IDENTIDAD PROFESIONAL COMO ESTRATEGIA DE PODER HACIA LA REPOLITIZACIÓN DEL TRABAJO SOCIAL

THINKING ABOUT PROFESSIONAL IDENTITY AS A POWER STRATEGY TOWARDS THE REPOLITICIZATION OF SOCIAL WORK

SERGIO GARCÍA GARCÍA

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID Y UNIVERSIDAD DE CASTILLA LA MANCHA

RESUMEN

El dispositivo de la identidad ha sido uno de los elementos más característicos de la modernidad. Consistente en la segregación del cuerpo social en grupos diferenciados por atribuciones de clase, género, raza, etnia, edad, etc., los cuerpos fueron clasificados jerárquicamente respondiendo a una economía política ligada al desarrollo del capitalismo. Pero lo más característico del dispositivo de la identidad es que no funciona desde una exterioridad que impone, sino desde una apropiación del propio dispositivo por parte de los cuerpos (convertidos en sujetos) encaminada a la diferenciación y al reconocimiento social. El Trabajo Social, como sujeto profesional, no está exento de este discurrir histórico y en los últimos años podemos observar cómo en el Estado español ha ido ganando poder social gracias a una serie de estrategias identitarias. Quizás, por el camino se hayan perdido buena parte de los valores que supuestamente identifican al propio Trabajo Social.

PALABRAS CLAVES

Identidad, trabajo social, estrategia, encierro, repolitización

ABSTRACT

The identity device has been one of the most characteristic elements of modernity. Based on the segregation of the social body into different groups according to class, gender, race, ethnicity or age attributions, bodies were hierarchically classified answering to a political economy linked to the development of capitalism. But the most characteristic aspect of this identity device is that it doesn't operate from an imposed exteriority but from the incorporation and appropriation of this device by the bodies (turned into subjects) designed for social differentiation and recognition. Social work, as a professional subject, is not detached from the passing of history and in the last years the Spanish State has gained social power due to several identity strategies. It is possible that some of the main values that supposedly identify Social Work have been lost in the way.

KEYWORDS

Identity, social work, strategy, seclusion, repolitization.

Recibido: 2009.04.27 . Revisado: 2009.05.25. Aceptado: 2009.07.13. Publicado: 2009.07.24.

Correspondencia: Sergio García García. C/Monsalpe 10 Esc. Iz. BºA28047. Madrid, España. Tfno. (0034) 914637511 / (0034) 637721471 E-mail: apropiacionindebida@gmail.com

1. INTRODUCCIÓN

Las trabajadoras sociales¹ solemos hacer referencia al fortalecimiento de la “identidad profesional” como forma de legitimación. ¿Cuál es esa identidad a la que apelamos y en la que nos queremos ver interpeladas? ¿Para qué queremos fortalecer nuestra identidad?

En las últimas tres décadas se vienen formulando desde algunos sectores de las ciencias sociales y desde algunos movimientos sociales fuertes críticas a la modernidad y los dispositivos que llevaba aparejados. Uno de estos dispositivos es el de la identidad como estrategia de poder. En el presente artículo me propongo incorporar algunos de esos debates para contribuir a identificar nuestros malestares, cuestionar nuestras pretensiones y re-politizar nuestro trabajo.

El trabajo social apareció bajo la necesidad de mantener el orden social del capitalismo industrial actuando como sistema experto encargado de gestionar el excedente humano no disciplinado y el no disciplinable. Su labor era femenina en el sistema de sexo/género afianzado en la modernidad: dominar mediante el cuidado². Con los cambios producidos en el capitalismo contemporáneo, el trabajo social ha ido refuncionalizándose hasta convertirse en una profesión con “identidad” propia³. Entendiendo por identidad lo definido (frente a una alteridad), un dispositivo que sólo es posible emplear desde un “lugar” (frente a un “no lugar”), que ejerce poder a través del sistema de acumulación escrituraria (frente a lo corp-oral) y que emplea estrategias orientadas al futuro (frente a las tácticas de las personas dominadas en una situación dada) (de Certeau, 2007: 40-45), la profesión, o al menos su ejercicio en los Servicios Sociales, ha ido accediendo a lugares más centrales de las burocracias a partir de la implantación de las políticas ligadas al Estado del Bienestar, haciendo valer así cierto reconocimiento social. Aún habiendo sido relativamente débil la implantación de estas políticas sociales en el Estado español (y especialmente en Madrid), y pese a que nuestra identidad profesional nunca será tan propia ni tan reconocida como la de los médicos, los abogados o los psicólogos, muchas trabajadoras sociales de origen popular nos hemos ido acercando a los estilos de vida y de subjetividad de las profesiones liberales. ¿Masculinizándonos? En ese contexto luchamos por acrecentar nuestra identidad profesional, tratando de incrementar nuestro prestigio en la escala social. A cambio de pequeños reconocimientos y de mejo-

ras salariales, nos consideramos “trionfadoras” en lo que respecta a nuestro ascenso social (teniendo en cuenta nuestro origen popular), si bien somos conscientes de que nuestro éxito profesional es muy limitado. Sin haberla conquistado, nos hemos acercado a la cima. Pero esa cima es solitaria: nos aísla socialmente. ¿Queremos alcanzarla?

Quizás sea el momento de asumir nuestra responsabilidad en el control social, renunciar a ciertos privilegios y comenzar a relacionarnos con otros sectores sociales con el fin de atenuar nuestra soledad profesional, de incorporarnos a ciertas luchas sociales y de actuar nuevas formas liberadoras de ejercer la profesión. Sólo así, pienso, podremos empoderarnos corporalmente: renunciando a la identidad corporativa.

Comenzaré explicitando mis propias marcas sociales para pasar a formular un planteamiento crítico sobre el dispositivo de la identidad apropiado por la profesión y finalizar con una serie de preguntas que, espero, contribuyan a repositonarnos. Partiendo de que toda realidad que nos constituye y que construimos es política, pienso que el sentido del trabajo social no debe ser otro que la transformación, y que para ello quizás las profesionales debamos bajar nuestro perfil como corporación y re-politizar nuestras prácticas dentro y fuera de nuestro puesto de trabajo. Pero ése es mi posicionamiento, el cual no constituye un ejemplo de nada, sino una posibilidad más que explícito con el fin de contribuir a generar reflexión. Lo que presento no es un análisis riguroso fruto de una investigación dedicada a los profesionales, sino un ejercicio (auto)reflexivo que se sitúa en el campo de intersección entre mi experiencia práctica como trabajador social y mi experiencia investigadora como antropólogo social.

2. CONOCIMIENTO SITUADO

Comienzo *situándome*⁴, explicitando algunas de mis propias marcas sociales. Estas afectan a los contenidos que voy a presentar, por lo que considero honesto suministrar contexto sobre quién escribe y desde dónde lo hace, des-fetichizando el conocimiento y contribuyendo a realizar un ejercicio crítico. Comencé a ejercer como trabajador social en el distrito de Carabanchel (Madrid) a los 22 años de edad (año 1997). La maraña de contradicciones ideológicas e identitarias de aquellos primeros pasos en el trabajo social dejaron una fuerte huella en for-

ma de inquietud intelectual. Es así como fui tratando de reflexionar las prácticas profesionales acudiendo al diálogo con mis compañeras, a la formación externa y a la lectura de ciertos materiales teóricos elaborados desde la sociología, la antropología y la filosofía, fundamentalmente. Fruto de ese proceso de progresiva reflexividad y distanciamiento con respecto a los discursos hegemónicos en el campo profesional del trabajo social y los servicios sociales, fui adentrándome en la investigación etnográfica sobre un tema aparentemente inconexo, los discursos de la inseguridad y las prácticas relacionadas con el miedo⁵, en el mismo entorno en el que trabajaba, Carabanchel (distrito de Madrid). La aparente desconexión entre la “seguridad ciudadana”, como formación ideológica protagónica en las *sociedades de control* (de Giorgi, 2006) y el trabajo social institucional, como uno de los logros más importantes del Estado del Bienestar, se diluye desde el momento en que se comienza a profundizar en los mecanismos de legitimación de los poderes políticos y económicos en el capitalismo postfordista. El autoritarismo se ejerce hoy en día mediante formas más refinadas de explotación económica y representación política en las sociedades de ciudadanos-consumidores-electores, y el control duro (policial), el control blando (intervención social) y el autocontrol (aislamiento social y consumo) funcionan de manera complementaria en el momento en el que la desigualdad social alcanza cotas históricas. Uno de los resultados de este proceso de reflexión fue la necesidad de abandonar temporalmente la profesión (en forma de excedencia), de centrarme en la práctica investigadora y de acercarme a ciertos movimientos sociales de base local con el fin de transformar en prácticas militantes las contradicciones resultantes de mi trabajo para la institución. Es desde esa relativa distancia desde la que me siento más libre para escribir (humildemente) sobre la identidad profesional de las trabajadoras sociales (entre las cuales me sigo incluyendo). Aclaro, no obstante, que a los sesgos que pueda producir en mi elaboración mi posición situada, deben añadirse los de los límites de mi unidad de análisis, ya que mi experiencia como trabajador social únicamente se ha desarrollado en los Servicios Sociales del Ayuntamiento de Madrid.

3. “NO RESPETAN NUESTRO CRITERIO TÉCNICO”

En el año 2008, a mi regreso de una estancia académica en Colombia y México, asistí a una reunión entre trabajadoras sociales de mi municipio

que estaban comenzando a organizarse en torno a los malestares laborales y profesionales. El proyecto de crear un espacio-tiempo de reflexión ajeno a la jornada laboral y el centro de trabajo me generó grandes expectativas al percibir abierta la posibilidad de abordar de manera horizontal nuestra posición socio-profesional, de cuestionar las labores propias que más se relacionan con el control y la reproducción social y de re-politizar nuestro trabajo (social). Sin embargo, a pesar de encontrar en este espacio posibilidades para la sociabilidad y la reflexividad completamente inéditas en los 10 años durante los que ejercí como trabajador social, algunas intervenciones verbales comenzaron a generarme cierto desasosiego. Éstas giraban alrededor de un problema que era el supuesto causante de nuestro malestar profesional: no se respeta nuestro “criterio técnico” y nos están convirtiendo en “administrativas de alto standing”. Estas quejas, aún resultándome completamente razonables en un contexto de progresiva mediatización, verticalización y burocratización de nuestro trabajo, por un lado, y de privatización de servicios sociales con la consecuente división entre trabajadores precarios que intervienen directamente y trabajadores funcionarios que firman y supervisan, por otro, me resultaban insuficientes a la hora de conectar nuestros malestares personales con el contexto social y de proponer acciones alternativas. Pareciese como si el problema principal que nos aquejara fuese el de la *identidad profesional*, o mejor dicho, el de la falta de respeto a nuestra identidad. ¿Pero qué identidad? Y en caso de descubrirla, identificarla o adquirirla, ¿para qué queremos esa identidad?

La tesis principal que aquí planteo es la siguiente: la búsqueda de una “identidad” profesional fortalecida responde a una serie de estrategias en las que las trabajadoras sociales buscamos aumentar nuestro poder social corporativo y consolidar nuestro ascenso en la estructura social de clases, desplazándose el centro de nuestras referencias sociales desde las clases populares (de las que procedemos mayoritariamente) a los grupos más privilegiados de los que forman parte los profesionales liberales consolidados (médicos, psicólogos y abogados, profesionales, ellos, con los que compartimos jornadas laborales). En este proceso de construcción identitaria vamos diferenciándonos y desidentificándonos de las personas con las que trabajamos (“usuarios” cada vez más cosificados, como los del sistema sanitario) e insertándonos rudimentaria y tardíamente en las prácticas de relación (y poder) y de consumo de las llamadas “clases medias”. Este distancia-

miento de clase es legitimado por los discursos de corte neoliberal de nuestro tiempo que interpretan el nuestro como un mundo de libres consumidores (en el que las clases se han disuelto). Pero además, nuestra inserción en el proyecto neoliberal es disfrazado y estetizado por los estilos socialdemócratas de gobierno que son, recordemos, los auténticos padres de la consolidación del trabajo social profesional (no por casualidad), por lo que cada vez resultan más extraños y altisonantes discursos como el que estoy formulando. A continuación voy a tratar de exponer cómo el dispositivo de la identidad está siendo utilizado, en nuestro caso, para acrecentar el proceso de diferenciación clasista y para alejarnos, sólo sucedánea y discursivamente, de los dominados.

4. EL DISPOSITIVO DE LA IDENTIDAD

Desde las décadas de 1960 y 1970, las corrientes más críticas de las ciencias sociales han entablado un diálogo de recíproco enriquecimiento con los movimientos sociales. Cuestionando ya no sólo la explotación económica en el mundo del trabajo, sino también las formas de hegemonía a través de los mecanismos de reproducción social (la intervención socioeducativa del Estado, la cultura de masas, etc.), se ha ido tejiendo un pensamiento muy heterogéneo que tiene en común la puesta en cuestión de la autoridad, de la representación y de la mercantilización. Un ejemplo destacado de ese ejercicio de cuestionamiento ha sido el avance de las críticas feminista y *queer* del heteropatriarcado y su fuerte penetración en el imaginario social. El ataque al patriarcado no se habría podido realizar sin profundizar en la crítica a la modernidad y a algunos de sus dispositivos más eficaces: los del sujeto y la identidad.

Con esto no quiero señalar que la identidad sea un mero invento de la modernidad. Como ha señalado la arqueóloga Almudena Hernando, la construcción de identidades, como la de género, respondió a la necesidad de control que inauguraron las primeras sociedades sedentarias (Hernando, 2000: 101-142). Sin embargo, fue la modernidad occidental, y su correlato en la economía capitalista, la época en la que se consolidó este dispositivo. Siguiendo a Michel Foucault, en los albores de la modernidad los nuevos saberes de la sociedad disciplinaria se dirigen a la anatomo-política (cuerpo individual) y a la biopolítica (ejercida sobre las colectividades a partir de los primeros controles de epidemias en Europa). Cuanto más dócil sea un cuerpo, más útil en la economía corporal (Foucault, 2002: 140-2). Haciendo

inteligibles los distintos cuerpos, esto es, asignándoles una identidad (haciéndoles sujetos, sujetándoles), se opera contra el silencio y la indefinición: la encuesta médica es el mejor ejemplo. A partir de este momento surgen una serie de clasificaciones de los individuos en categorías que se naturalizan.

La identidad es afrontada aquí, entonces, como el fruto de la interpelación y no como una esencia. Siguiendo los planteamientos de Judith Butler para las identidades de género, “no hay una identidad de género detrás de las expresiones de género, esa identidad se constituye performativamente”: no hay *ser*, sino *actuación* (Butler en Parrini, 2007: 36). Esta autora interpreta la actuación del género como la que crea la significación de lo que es “ser hombre” o “ser mujer”, poniendo en tela de juicio las nociones esencialistas de la identidad (Butler, 2007: 277-286). La identidad va, entonces, unida a la disciplina sobre los cuerpos. Como apunta Rodrigo Parrini, la novedad del procedimiento disciplinario es que más que prohibir, incita, más que destruir, produce, y lo que incita a producir es la respuesta a la pregunta “¿quiénes somos?” (Parrini, 2007: 58)⁶.

A lo que apunta la cita anterior es a pensar la identidad no sólo como el fruto de la acción de un poder sobre un cuerpo, sino a la apropiación de ese mecanismo por parte de los propios cuerpos una vez se han convertido en sujetos. Si el poder sólo puede ejercerse en la modernidad mediante el reconocimiento de una identidad (“mujer”, “trabajadora social”), podemos comprender, entonces, cómo la identidad no es sino una construcción estratégica.

5. IDENTIDAD COMO ESTRATEGIA

Despejado el camino para des-cosificar y desnaturalizar cualquier identidad (de clase, de género, étnica, nacional, cultural, profesional, etc.), estamos en disposición de acercarnos a la misma como el resultado de las relaciones sociales concretas en las que surge. Entendiendo lo sociocultural no como un sustantivo o una esencia, sino como un adjetivo voluble que responde a las elecciones y selecciones que los distintos grupos efectúan para diferenciarse de los otros en sus relaciones (Appadurai en García Canclini, 2004: 39), estamos aceptando la idea de la identidad cultural como una construcción histórica en la que intervienen las hetero- y las auto-designaciones en contexto. Una identidad así es débil, variable en relación a quien se defina. Identificarse con unos y diferenciarse de otros mediante un discurso forma parte de una estrategia de poder.

Dadas las reglas políticas de la modernidad, el reconocimiento social otorgado por el Estado debe pasar por la conformación de sujetos. Podemos trazar un paralelismo entre el reconocimiento institucional de ciertas demandas formuladas por el feminismo y el reconocimiento de nuestra profesión. Así como el feminismo tuvo que reforzar el sujeto “mujer” que previamente había generado el sistema binario de sexo/género, el colectivo de trabajadoras sociales ha tenido que construir un discurso sobre lo que es “ser trabajador/a social” que resultase convincente a los poderes políticos y económicos de nuestro capitalismo postfordista de consumo. El trabajo social y los servicios sociales fueron surgiendo de esta necesidad de disciplinar, pero también de gestionar el “resto”, o lo que había quedado fuera de los sistemas disciplinarios “normales” (empleo, escuela, familia), pero para ello, previamente tuvimos que mostrar un saber sobre ese “resto”, construir una especie de “sujeto negativo” que necesitaría de nuestra intervención (“marginados”, “excluidos”, “población en riesgo” y más recientemente, la ambigua “ciudadanía”) y una serie de herramientas eficaces para trabajar sobre ese resto (“metodología del trabajo social”). Nuestra especificidad, y así se lo hicimos saber a los políticos profesionales y al empresariado susceptible de invertir en un nuevo campo (el de la intervención social), consistía en trabajar con la población más desfavorecida (y potencialmente más peligrosa para el orden social) evitando la violencia física, cuidando, actuando desde el polo femenino: ejerciendo un control blando (Ayala y García García, 2009).

En ese contexto, pienso, es en el que hay que enmarcar el (limitado) empoderamiento⁷ de la profesión (que no el de la población con la que trabaja). Su hábil ejercicio de los márgenes de poder de la democracia representativa ha ido convirtiendo a las trabajadoras sociales en figuras imprescindibles en los regímenes electorales. La culminación de este proceso en Madrid tuvo lugar cuando el alcalde Ruíz Gallardón colocó como concejala responsable de los Servicios Sociales a Ana Botella, una figura muy mediática y relevante en el poder político. Coincidiendo con ese nuevo gobierno municipal basado en la *espectacularización* de la ciudad con fines económicos (desvío de fondos públicos a manos privadas) y político-simbólicos (mega-infraestructuras y proyectos encaminados a convertir Madrid en una capital global, invisibilizando las injusticias sociales sobre las que se construye), los Servicios Sociales cambiaron rápidamente de cara. De los centros de

servicios sociales escasos, pequeños y carentes de medios (pero más abiertos a los barrios) se pasó a los edificios herméticos e inteligentes, a la informatización del trabajo y a una retórica del *ciudadanismo* que reproduce el discurso de las relaciones comerciales clientelares. ¿Y quién mejor que las trabajadoras sociales para establecer esta nueva relación más estilizada con las personas de las clases populares?⁸ Somos más protagonistas que nunca en las agendas políticas profesionales, tenemos edificios inteligentes y poderosos (a nivel barrial) en los que somos las figuras fundamentales (como los médicos en los centros de salud) y guardias de seguridad privados que trabajan en la aduana entre nuestros despachos y la calle. La profesión se ha consolidado: quienes somos funcionarias cobramos más del doble del salario mínimo interprofesional, tenemos un prestigio que sin ser muy elevado (en relación a las profesiones liberales) sirve para que ya formemos parte del imaginario social y, además, nuestro campo se ha convertido en una valiosa fuente de plusvalía para muchas empresas (a costa de compañeras de la misma profesión o de otras con unas condiciones laborales mucho más precarias).

La lucha por la identidad profesional ha dado sus frutos. El empeño por que respeten nuestro “criterio técnico” forma parte de esta lógica para consolidar lo alcanzado y lograr nuevas metas que nos acerquen a los profesionales cuyo criterio se respeta. Podemos interpretar esta lucha como un intento para mantener la autonomía y una resistencia a los dictados de la política profesional. Sin embargo, me temo que tal y como manejamos nuestra autonomía, este tipo de reivindicaciones y reclamos de legitimidad para nuestras destrezas profesionales no van más allá de nuestro re-enclavamiento. Esa autonomía profesional conquistada no la estamos utilizando para acercarnos a las personas con las que trabajamos, a los barrios, sino para institucionalizarnos más. A modo de anécdota, señalaré que en una de esas asambleas de trabajadoras sociales municipales se barajó la posibilidad de que los “ciudadanos” apoyasen mediante simples firmas nuestra reivindicación (la mejora del sistema informático)⁹ ya que quizás ellos fueran los máximos interesados en que así fuese (ya que perdían una mañana por acudir al centro de servicios sociales, que al menos pudiesen dejar resuelta su gestión de residencia, ayuda a domicilio...), desechándose finalmente la idea al considerarse atrevida y subversiva¹⁰. Pienso que lo que muestra este ejemplo es un posicionamiento, más o menos extendido, cercano a los intereses de la institución. Quizás éste

haya sido el precio de nuestra identidad fortalecida: debemos pagar peaje por el reconocimiento social y debemos estar al lado de quien nos contrata, nos paga y nos adula.

6. IDENTIDAD COMO EXCLUSIÓN

Las identidades en la modernidad han sido habitualmente construidas sobre el contraste con una alteridad. El Estado es el agente fundamental en la creación de identidades durante la modernidad (nacional, sexual...), pero existe una apropiación de esos mecanismos por parte de las personas. En nuestro caso, la identidad profesional se ha cimentado sobre la base de una subclase social, los “excluidos”. Al representarlos como carentes (de habilidades), como inadaptados (al mercado laboral), como débiles (de voluntad), nos hemos fortalecido. Muchas veces nos han preguntado personas ajenas al trabajo social si no salimos “mal” del trabajo “al escuchar tantos problemas”, y muchas veces la pregunta me ha hecho percatarme de que el efecto es más bien el opuesto. Nos sentimos necesarias al ser la “única” solución para esas personas “dependientes”. Quizás por eso nos irrite tanto cuando “nos engañan”: nuestros “pobres” pobres se burlan a veces de nuestros dictados y de nuestros contratos de integración al interpretarlos como otra vía de exclusión social dispuesta por el poder y sus instituciones (Barbero, 2002: 183-187; García García, 2008b; Ayala y García García, 2009). La imagen que nos están devolviendo con sus microresistencias no se corresponde con la de la identidad que transmitimos en nuestros discursos públicos sobre lo que es ser “trabajadora social”. La solución no suele ser reflexiva (intentar comprender por qué se producen esas resistencias a nuestra “ayuda”), sino la aplicación de la misma receta: más identidad. Esta identidad nos acerca a la institución, pero nos aleja de las personas, y es que quizás funcione como una adicción social al poder que nos hace dependientes del reconocimiento que viene desde arriba.

Mientras tanto, la vida en los barrios (y a veces las luchas colectivas) siguen su curso. Nosotras somos antes trabajadoras sociales y funcionarias que personas cercanas a la realidad “sobre” la que intervenimos.

7. IDENTIDAD COMO ENCIERRO

Pero la identidad no supone únicamente la exclusión del otro. Quizás hayamos “triunfado”, pero

el éxito identitario, excluyente y competitivo, conduce casi siempre a la soledad¹¹. Quien forma parte de una identidad fuerte está negando la propia alteridad que habita en su interior (en forma de memoria). Por eso las seguridades identitarias se disuelven en los espacios fronterizos. Al encerrarnos en nuestros “centros” de servicios sociales, en los “centros” comerciales y en nuestros ámbitos domésticos (con la proliferación del gusto por el unifamiliar en nuestro colectivo) estamos acrecentando nuestra desconfianza del mundo popular: las seguridades identitarias se suelen traducir en miedos corporales. Si pongo en relación nuestros posicionamientos profesionales con nuestros posicionamientos fuera del centro de trabajo es porque considero que la nuestra es una profesión que por sus características hace disolverse en el sujeto profesional la barrera entre el tiempo de trabajo y el de ocio o consumo. Trabajamos con personas a través de nuestra persona: no son pocas las ocasiones en las que he escuchado e incluso formulado yo mismo discursos a nuestros usuarios sobre las decisiones a tomar poniéndonos a nosotros como ejemplo.

Por esa razón, pienso que las personas que “vivimos de esto” debemos, al menos, hacer un ejercicio de honestidad que consista en des-colocarnos, en perder el *lugar* (que siempre es de poder, identitario). Esto se puede realizar en la propia institución si nos aliamos con las personas que acuden a la misma y no con la estructura. Pero fuera del “centro”, otro de esos ejercicios de honestidad puede consistir, creo, en sumergirnos en el espacio público, el de las *líneas de fuga* (en el lenguaje deleuzeano). En ese espacio, un *no lugar*, nos podemos encontrar con lo *éximo* (extraño dentro de uno mismo) y se pueden disolver las identidades acabadas (Masiello, 2008). La idea de identidad, de *cultura* común, se funda precisamente sobre la territorialización, la homogeneización distintiva y la disciplina de los cuerpos sueltos (Delgado, 2007: 53-56). La verdad está dentro, diría Descartes; a partir de ahí, se devalúan los espacios abiertos de relación. La “verdad” está ahí fuera, dice Manuel Delgado: “¿Cuándo nos daremos cuenta de que la lucha pendiente no es la que nos permitirá liberar el yo, sino liberarnos de él?” (p. 58).

“Salir” de nuestros centros identitarios nos genera inseguridad, ya que en el espacio público perdemos nuestros privilegios (dejamos de ser trabajadoras sociales con capacidad de decisión sobre otras personas). Sin embargo, pienso que la renuncia a nuestros privilegios puede proveernos otras formas de relación más horizontales y acercarnos a otras

realidades que no se nos aparecen en nuestros despachos. Haber hecho del trabajo social una fuente de identidad nos ha reprimido el potencial político del que cada cuerpo es portador. Nos hemos acercado al mundo de los discursos y sus asociados (identidad, estrategia, lugar, consciencia) y hemos sacrificado la corp-oralidad y la espontaneidad (alteridad, táctica, no lugar, inconsciencia) (de Certeau, 2006: 203).

¿Qué ocurre cuando las identidades se erosionan? El *debilitamiento del sujeto*, es decir, de la figura cartesiana consciente y racional que se construyó la propia modernidad para darse las respuestas que hasta ese momento había proporcionado la religión, es la consecuencia del progresivo desvanecimiento de la lógica binaria simbólica. ¿Son posibles, *practicables*, otras formas experiencia humana que escapen de la ordenación cognitiva que supone la identidad? ¿Son posibles, *practicables*, formas de certidumbre no basadas en la aceptación de la autoridad?

Nuestro trabajo ha sido instrumentalizado para escuchar la palabra del excluido y ser reconvertida en instrumento de legitimación del poder. Por el contrario, la escucha activa y no asimilacionista de la *palabra otra* pretende iniciar una descolonización en los cuerpos y en el lenguaje que contribuya a deconstruir sus usos actuales y que se centre precisamente en las “fallas” de traducción, en los usos pervertidos que los poderes han (hemos) hecho de ella. Por poner un solo ejemplo, en nuestros barrios se producen redadas policiales de personas migrantes sin papeles a diario que estrechan el espacio público al impugnar el derecho a la indiferencia (Delgado, 2007), y sin embargo no nos movilizamos empleando nuestro poder adquirido a base de trabajo de identidad para hacer lo que se supone que hacemos: ayudar. La “ayuda” que ponemos en práctica se limita a ayudar a las autoridades en su cometido, ejerciendo labores de control, consciente o inconscientemente, de manera acrítica. No estoy proponiendo que nuestra voz represente desde arriba la de los excluidos (en este caso personas sin derechos de ciudadanía, siquiera), sino ponernos al lado (ni arriba ni detrás de la mesa) de las luchas que se gestan por parte de los propios perjudicados. Ya se pueden atisbar inquietudes dentro del colectivo que apuntan a un mayor cuestionamiento tras dos décadas de luchas identitarias e instrumentalización de los poderes de nuestro trabajo.

8. CONCLUSIONES: DES-IDENTIFICARNOS CON LA PROFESIÓN PARA RE-POLITIZAR NUESTRAS VIDAS

He tratado de mostrar cómo la lucha por la identidad profesional ha generado efectos positivos (el aumento de la influencia social de los profesionales de la intervención) y otros más ambiguos (a la vez que ha crecido nuestro poder como profesionales, ha decrecido enormemente como pertenecientes a comunidades políticas). Un barrio de viviendas unifamiliares habitado por, entre otras, trabajadoras sociales con salarios de 2000 euros mensuales con cierto poder profesional pero aisladas entre sí, sin construir otro tipo de sociabilidades políticas, tiene quizás menos poder efectivo que otros barrios “obreros” con mucho menos poder adquisitivo, sin centro comercial, pero que han tejido unos vínculos solidarios, luchan por mejoras deseadas, autogestionan buena parte de la vida social del barrio y resisten a los planes de las autoridades que se viven como perjudiciales. Creo que esta especie de fábula humana ilustra lo que quiero transmitir: ¿a qué barrios nos queremos ir a vivir las trabajadoras sociales? En el primero tendremos garaje, piscina, urbanización cerrada para que los niños jueguen tranquilos y una megasuperficie para pasar el sábado por la tarde. Constituirá un refugio seguro para curarnos de los excesos de alteridad vividos en la jornada laboral como “trabajadoras sociales” que tratamos con los “ciudadanos”. En el segundo la vida se nos hará más compleja, primordialmente porque dejaremos de fetichizar las siete horas de jornada laboral, cuestionaremos la utilidad del trabajo social para los vecinos y quizás pasemos a entenderlo como un ámbito más donde desarrollar luchas políticas, considerando a la profesión como un medio y no como un fin.

Creo que nuestra identidad debe ser debilitada: en la medida en que politicemos conscientemente nuestro trabajo (inconscientemente ya lo hacemos al servicio de los intereses de los más privilegiados), estaremos en disposición de renunciar al pensamiento autocomplaciente que considera que nuestra profesión es, *per se*, útil y ayuda a los dominados. Yo mismo pensé durante mucho tiempo que mi compromiso por el cambio lo realizaba trabajando. Descreído de la profesionalización del cambio social, ahora pienso que el ejercicio del trabajo social es por sí sólo completamente insuficiente para generar cambios que contribuyan a mejorar las condiciones de vida de los más dominados. Quizás implicándonos como simples vecinos, trabajadoras o meras personas en luchas que se dan dentro y fuera del centro

de trabajo podamos generar un trabajo social crítico dentro de la institución.

No todo trabajo social es beneficioso para las personas. Pero nuestro trabajo, aún siendo insuficiente, puede ser *empoderante* según en qué condiciones. Renunciar a la idea fetiche de que el trabajo social es siempre una profesión de ayuda puede conducirnos, así mismo, a renunciar a la propia profesión. Pero esa renuncia, de momento meramente identitaria, no conduce al vacío, a la nada, sino a la exploración de otras formas de relación más horizontales y verdaderamente transformadoras. Se trata de estar preparadas para un mundo (improbable en nuestra vida biológica, pero sí en el imaginario, que es el precedente de las prácticas) en el que no existamos, en el que no seamos necesarias, y quizás ese mundo ya se esté construyendo¹². De ahí la urgencia de “politizar la pertenencia”, buscando en las prácticas del pasado negado para construir “lo político” frente a “la política”, rescatando el conflicto negado (el de clases y otros) para explorar formas de hospitalidad que abran la puerta a la convivencia (Cassigoli, 2006). Se trata de la búsqueda de la des-privatización del espacio, de la des-apropiación del lenguaje y de la des-re-presentación política: un retorno a un futuro de presencia, de pertenencia corporal (y no meramente discursiva). Sólo así, pienso, podremos estar en disposición de luchar por un mundo de múltiples autonomías. ¿No era eso el trabajo social?

9. BIBLIOGRAFÍA

- Ayala, A., García García, S. (2009). Gestión de cuerpos y actuación de resistencias en una política social. La aplicación de la Renta Mínima de Inserción de la Comunidad de Madrid”. *Revista de Antropología Experimental* n°9, 2009, 17-36.
- Barbero, J. M. (2002). *El Trabajo Social en España*. Zaragoza: Mira.
- Báñez, T. (1997). Género y Trabajo Social. *Acciones e Investigaciones Sociales*, 6, 151-188.
- Belausteguigoitia, M. y Leñero, M. (coord.) (2005). *Fronteras y cruces: cartografía de escenarios culturales latinoamericanos*. México DF: PUEG-UNAM.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.
- Cassigoli, R. (2006). Usos de la memoria: prácticas culturales y patrimonios mudos. *Cuicuilco* 38, sept.-dic. de 2006, 133-151.
- De Certeau, M. (2006). *La escritura de la historia*. México: UIA-ITESO.
- De Certeau, M. (2007). *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. México: UIA-ITESO.
- De Giorgi, A. (2006). *El gobierno de la excedencia. Postfordismo y control de la multitud*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Delgado, M. (2007). *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- Dominelli, L. y MacLeod, E. (1999) *Trabajo social feminista*. Madrid: Cátedra.
- Fombuena, J. (2006). La influencia de la dimensión de género en el Trabajo Social. *Cuadernos de Trabajo Social* n°19. 2006. 133-154.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- García García, S. (2008a). Inseguridad, poder y biografía en un contexto barrial: el caso de Carabanchel. *Gazeta de Antropología* n°24 (http://www.ugr.es/~pwlac/G24_18Sergio_Garcia_Garcia.html) (10-03-2009).
- García García, S. (2008b). Homenaje a la delincuencia. Prácticas orales desviadas en los servicios sociales. *Política social y servicios sociales* n° 82, 2008 (Ejemplar dedicado a: La Relación Profesional), 63-83.
- García García, S. (2008c). Seguridad e identidad en Carabanchel. Los significados de un barrio como herramienta para el trabajo social. *Cuadernos de Trabajo Social* n°21, 2008, 63-85.
- Gramsci, A. (1980). *Antología*. México: Siglo XXI.
- Hernando, A. (Ed.) (2000). *La construcción de la subjetividad femenina*. Madrid: Instituto de Investigaciones Feministas, UCM.
- Lorente, B. (2004). Género, ciencia y trabajo. Las profesiones feminizadas y las prácticas de cuidado y ayuda social. *Scripta Ethnologica* XXVI, 39-53.
- Lorente, B. (2006). Para una antropología del sujeto profesional en perspectiva histórica. La mujer y la ayuda social en el Occidente Cristiano. *Revista de Trabajo Social* n° 8, 109-129.
- Masiello, F. (2008) Plazas y aulas, conferencia impartida el 21-05-2008, México DF, Proyecto PAPIME.
- Parrini, R. (2007). *Panópticos y laberintos. Subjetividad, deseo y corporalidad en una cárcel de hombres*. México DF: Colegio de México.
- Rodríguez López, E. (2007). “Nuevos diagramas sociales. Renta, explotación y segregación en el Madrid global”, en Observatorio Metropolitano: *Madrid*

¿*La suma de todos?* Madrid: Traficantes de Sueños, 95-169.

Rowlands, J. (2001). El empoderamiento a examen. *Development in Practice* (<http://www.developmentinpractice.org/readers/spanish-readers/yDiversidadSocial/rowlands.htm>) (10-9-2008).

NOTAS

- 1 En este artículo me referiré en femenino y plural al colectivo de personas que nos dedicamos al trabajo social, ya que las mujeres constituyen la inmensa mayoría de profesionales y, sin embargo, son invisibilizadas en el territorio de la escritura, incluso cuando ésta versa sobre su propia experiencia profesional y vital.
- 2 Autoras como Belén Lorente (2004, 2006) han profundizado en el carácter feminizado de la profesión. Siendo el campo profesional, técnico y científico una expresión del ámbito público de la modernidad en el que los valores masculinos son los hegemónicos (y según quién lo interprete, los únicos, pues para algunas autoras ciencia y femenino serían incompatibles), el Trabajo Social puede considerarse como un saber subalterno dentro del mundo de los expertos. Intervenimos de una manera “femenina” y quienes nos dedicamos al Trabajo Social somos mayoritariamente mujeres, lo cual explicaría la devaluación social de la profesión en relación a otras. Por su parte, Josefa Fombuena (2006) ha destacado la ética del cuidado (valor de lo femenino a resignificar y revalorizar) como componente esencial en la profesión. Sin embargo, quizás su análisis peca de optimismo al dar por hecho que el trabajo social es “peligroso” para el orden social al profesionalizar algo que es “natural” por mandato de género. Tomasa Báñez (1997), apoyándose en la obra de Estela Grassi “La mujer y la profesión de asistente social. El control de la vida cotidiana”, pone mayor énfasis en las funciones de control social del trabajo social. Siendo la reproducción social el campo de actuación de la profesión, actuando sobre el campo de la vida cotidiana, las y los profesionales cargamos sobre los miembros de las clases populares las responsabilidades sobre su sufrimiento, legitimando así el orden social injusto. Por otro lado, al centrar la intervención sobre la institución familiar, además de contribuir a reproducirla como instancia capilar de control social, estamos haciendo cargar a muchas mujeres con la culpa y el peso de la sobre-responsabilización. Ante la evidencia de nuestro papel en la reproducción social, autoras como Lena Dominelli y Eileen MacLeod postulaban a finales de la década de 1980 una práctica profesional más comprometida y transformadora desde la crítica feminista, e incorporaban las críticas en el seno del feminismo al abandono de otros elementos que hacían de la experiencia del “ser mujer” un hecho distinto en función de la clase social, el origen étnico, los rasgos fenotípicos o la orientación sexual, haciendo a este “ser” un hecho menos ontológico de lo que se pudiera pensar. La potencia de este análisis consiste en el rechazo de todas las divisiones sociales (género, clase, etnia, edad, práctica sexual...) y en la incorporación de herramientas críticas marxistas y postcoloniales (Dominelli y MacLeod, 1999: 18-20).
- 3 Desde mi punto de vista, todo ocurre como si las nuevas formas de capitalismo hubiesen sabido crear un nuevo mercado del cuidado para extraer plusvalía del mismo (dimensión económica) y los y las cuidadoras estuviésemos más cerca de los intereses de la institución que ha sabido capitalizarnos (dimensión política). La ética del cuidado, que, al menos en teoría, orienta buena parte de las prácticas profesionales, podría tener, sin embargo, un carácter más subversivo si se dotase de cierta reflexividad crítica y se aliase con movimientos sociales ajenos a la institución que están reivindicando, desde posiciones cercanas al ecofeminismo, por ejemplo, el valor del cuidado como elemento fundamental en la supervivencia de la especie y del planeta.
- 4 Los saberes situados teorizados por Donna Haraway son aquellos que localizan “el sujeto productor de conocimiento con todas sus marcas históricas, geoculturales e identitarias” (Belausteguigoitia, 2005: 10).
- 5 Los Servicios Sociales o el Trabajo Social no constituyen el objeto de mi investigación, sino las relaciones securitarias. En la etnografía abordé distintos dispositivos de control social que tienen lugar en el distrito madrileño de Carabanchel (entre los cuales incluyo de manera mínima y lateral los servicios sociales) y las apropiaciones que los agentes (dentro y fuera de las instituciones) hacen de esos mecanismos, bien para reproducirlos, bien para subvertirlos, o para ambas cosas a la vez (García García, 2008a; 2008c).
- 6 Ya Gramsci había visto en la forma de intervención del Estado y el Derecho un sistema basado no sólo en el castigo de la delincuencia, sino también en la educación en determinados valores y la distribución de premios (reconocimiento) a quienes lo cumplan (Gramsci, 1980: 399-400).
- 7 El de empoderamiento es un concepto problemático y polisémico. En su origen, “empowerment” fue em-

pleado, en lengua inglesa, en la década de 1980 por algunas teóricas feministas como Caroline Moser. Sin embargo, en Trabajo Social empoderamiento se emplea para definir los procesos mediante los cuales los individuos de una colectividad se convierten en “sujetos” mediante su creciente implicación en la toma de las decisiones que afectan a su comunidad, asemejándose este uso individual-colectivo del término “empoderamiento” al concepto formulado por Paulo Freire de *concientización*. El empoderamiento puede ser interpretado de diversas maneras en función del concepto de “poder” que se utilice, pero tal y como es empleado generalmente en la intervención social, implica un proceso subjetivo (creerse con la capacidad) que se produce relacionamente (en el contacto con otras personas, de ahí su énfasis en el campo del trabajo social comunitario) y en cooperación (el avance en el propio poder no implica la disminución del poder de los iguales) (Rowlands, 2001). Considero, sin embargo, que el empoderamiento de las personas que nos dedicamos al trabajo social en mi entorno es limitado porque no es cooperativo. Si bien hemos acrecentado nuestra influencia social, pienso que no ha sido a través de un proceso de acompañamiento y alianza con los sectores populares y con los, hoy por hoy, minúsculos movimientos sociales. Los profesionales hemos empleado las estrategias más factibles en un marco altamente competitivo e individualista, lo cual ha podido aumentar nuestro poder como profesionales individuales y como corporación profesional, pero este poder se encuentra vacío de contenido si lo pensamos en términos de crecimiento colectivo. Más adelante desarrollaré por qué nuestro empoderamiento es limitado (sólo se hace realidad como consumidores-ciudadanos, que es la manera de ejercer la ciudadanía prevista por los poderes en las democracias representativas de consumo).

8 Podríamos interpretar como “estetizadas” las nuevas formas de relacionarse con la población por parte del Estado en la ciudad de Madrid. El avance de la retórica del ciudadanía se basa en una imagen de “transparencia” y de “participación ciudadana”, todo lo cual implica que la Administración oculta sus dimensiones más autoritarias y masculinas y muestra una cara amable, cuidadora, de escucha. Esta suerte de feminización en las formas de comunicación, no acompañada de un proceso real de democratización, ha otorgado cierto protagonismo a figuras profesionales como la nuestra. Belén Lorente ha analizado lúcidamente la proliferación de las “habilidades de comunicación, el “diálogo”, la “amabilidad”, el “con-

senso”, etc. en el mundo empresarial y de la política profesional y la Administración como formas superfluas de desarrollar roles femeninos, como “revalorización descotextualizada de ciertas prácticas culturales consideradas femeninas” (Lorente, 2006; Rodríguez López, 2007).

- 9 Llama la atención que seamos las trabajadoras sociales las que nos preocupemos por el buen funcionamiento de los elementos que más nos distancian de las personas “usuarias”.
- 10 Introduciendo esta anécdota sólo quiero ilustrar con un ejemplo la idea que quiero desarrollar, pero en ningún caso estoy descalificando ese espacio horizontal de interacción-reflexión crítica que es completamente novedoso en nuestro ayuntamiento y que ha conseguido ya efectos muy positivos en ciertas reivindicaciones.
- 11 Me refiero al “triumfo” de la profesión en términos de crecimiento relativo del prestigio social, sin señalar con ello que la profesión ocupe un espacio demasiado elevado en las burocracias. Además, lo hago teniendo muy presente que el reconocimiento, traducido en remuneración económica y en condiciones laborales relativamente ventajosas, sólo alcanza a una parte de los miembros de la profesión, quienes trabajan directamente contratados por la administración. El resto de profesionales son empleadas en condiciones más flexibles y precarias, en forma de *servo-proletariado metropolitano* (Rodríguez López, 2007: 116), lo cual va ligado a una menor identificación con la profesión. Quizás, en este artículo queden invisibilizadas todas estas “servo-proletarias de la intervención social”, pero no son precisamente ellas quienes percibo que participen en las estrategias identitarias que trato de analizar en este artículo, sino que el referente polémico de la presente reflexión lo constituyen las profesionales que se encuentran en mejores posiciones sociales, que son a la vez quienes más se implican en las luchas corporativas.
- 12 Mi experiencia en algunas comunidades campesinas zapatistas, así como en ciertos entornos barriales madrileños, me ha llevado a reflexionar sobre la autogestión como realidad práctica que no requiere de sistemas expertos, como el trabajo social, que desde arriba, desde una posición de superioridad epistemológica, intenten definir moralmente la realidad cotidiana de las personas y marcar pautas para su “bienestar”.